

El sillón de San Martín

Historia de los gobernadores mendocinos

Deoclecio García (1892)

Por FABIAN SEVILLA
fsevilla@diariouno.net.ar

Lo más interesante de la vida de Deoclecio García pasó antes de que llegara a ser gobernador, cargo del que lo arrebató la muerte a seis meses de asumido.

Este héroe de guerra, político de carrera, próspero terrateniente y vinculado a la sociedad principal de su tiempo fue el primer intendente que tuvo San Rafael. Todos, antecedentes necesarios para posicionarlo como el más indicado para apaciguar el incendio político que vivía Mendoza hacia 1892.

Sus años mozos. Nació en Mendoza en 1835. Aquí hizo la primaria pero completó sus estudios en Chile. De joven se enroló en el ejército y en 1863 llegó a teniente segundo. Fue secretario del fiscal encargado de las causas militares. Pero ya le picaba el bichito de la política y ese mismo año fue elegido diputado provincial.

Participó en la impopular Guerra del Paraguay (1864-1870) como segundo jefe de una división de vanguardia. En una batalla su caballo fue abatido, pero él, con habilidad cayó de pie con la rienda en la mano, siguió corriendo y así salvó su pellejo.

De nuevo en la provincia, se topó con el encono local producido por las diferencias entre Justo J. Urquiza y el entonces presidente Bartolomé Mitre. Eso se concretó en la Revolución de los Colorados, el 9 de noviembre de 1866. En ese momento, Deoclecio era jefe de Policía del gobernador Melitón Arroyo y el levantamiento lo sorprendió en una tertulia en la casa de Santos Funes a la cual cayeron los sediciosos. El dueño de casa le prestó un caballo con el cual Deoclecio partió a pedir ayuda a las fuerzas leales apostadas en el Fuerte de San Rafael al mando del coronel Pablo Irrazábal. En éste, Arroyo delegó la gobernación, cargo que le arrebató el sublevado coronel Carlos Juan Rodríguez.

Las tropas revolucionarias y el ejército leal enviado desde Buenos Aires, comandadas por el general José Miguel Arredondo, chocaron el 1 de abril de 1867 en San Ignacio (Río V, San Luis), donde pese a la diferencia numérica se impusieron los leales. Deoclecio participó brillantemente de la batalla. Fue ascendido a sargento mayor. Si bien renunció cuando Arroyo lo repuso como jefe de la Policía, volvió a ocupar ese puesto ese año durante los interinatos de Nicolás Villanueva y Exequiel García.

De nuevo en el traje político. En 1869 fue designado diputado nacional junto a Francisco Civit hasta 1874. En 1880, disgustado con el escenario político local se instaló en San Rafael, donde compró tierras al margen del río Diamante para dedicarse a la ganadería; además abrió un negocio mayorista y minorista. Así se fue haciendo conoci-

Héroe de guerra, político eficaz y vecino respetado fue el hombre ideal para calmar los humores de la Mendoza de 1892 desde el Ejecutivo



Foto de Deoclecio, el militar, político y terrateniente, hijo de una familia vinculada a la sociedad local, lo que reafirmó al casarse con Elcira Ortiz, de la alta alcurnia puntana.

do entre los sanrafaelinos quienes además de admirarlo, lo apreciaban. El gobernador Rufino Ortega en 1884 lo nombró subdelegado en San Rafael y luego sería el primer subdelegado de Aguas del río Diamante. Ese año se inauguró la Municipalidad de San Rafael y, tras elecciones departamentales para ediles, se convirtió en el primer intendente

de esa comuna. Durante su labor, en 1886 se las tuvo que ver con la epidemia de cólera que llegó de Buenos Aires a la provincia. Mientras en la ciudad se tomaban medidas sanitarias impuestas por Juan Bautista Gil, enviado por la Nación, Deoclecio hizo blanquear y desinfectar las casas y logró que dos médicos viajaran para ocuparse de los sanrafaelinos afectados. Su gestión también dejó calles arboladas, baldíos cerrados, la nueva plaza trazada, edificios escolares para ambos sexos. Además impulsó la agricultura y la ganadería, se preocupó por la asistencia social y el transporte que comunicaría a San Rafael con otros distritos.

Otra vez en líos. Retornó a Mendoza cuando su amigo Tiburcio Benegas era gobernador y nuevamente se vio involucrado en una revolución. El 6 de enero de 1889 se hallaba en la casa del mandatario, a donde había ido a avisarle que se preparaba una revuelta para removerlo motorizada por el orteguismo. La vivienda fue atacada y, pese a la resistencia de los empleados de Benegas, ambos fueron detenidos. La intervención federal zanjó el conflicto, Benegas fue repuesto pero pidió licencia por lo cual Deoclecio fue nombrado gobernador interino. Otra vez en su cargo, el repuesto se halló con una dura oposición de la Legislatura por lo cual renunció definitivamente el 9 de junio de ese año. Su amigo volvió a ser interino.

Acercado a la faz del Partido Liberal que comandaba Civit, Deoclecio fue postulado sin éxito a la gobernación en 1891. Para entonces, la Unión Cívica local se había dividido entre los lencinistas que apoyaban al gobernador Pedro Nolasco Ortiz y los acuerdistas que, siguiendo a Daniel Videla Correas, conformarían los Partidos Unidos junto a los civitistas. El conflicto entre gobierno y oposición derivó en la intervención federal en enero de 1892. El encargado, Francisco Uriburu, llegó a la provincia para ponerla en condiciones electorales, gestión que ubicó en el sillón de San Martín a Deoclecio, candidato de los Partidos Unidos.

dor local Lucio Funes.

Su fallecimiento produjo sentidas demostraciones de condolencias públicas y el cortejo fúnebre que llevó sus restos por avenida San Martín hasta el cementerio de la Ciudad fue recordado como uno de los más impresionantes debido a la cantidad de personas. La Legislatura acordó una pensión vitalicia de \$200 mensuales para su viuda, Elcira Ortiz de García, y sus hijos menores.

Volviendo a la cosa pública, en su remplazo asumió el presidente de la Legislatura, Pedro Ignacio Anzorena. Tras su renuncia, el 29 de agosto quedó como interino Alvarez.

Pero Anzorena volvería a sentarse en el sillón de San Martín esta vez como gobernador propietario.

Una gestión breve y un funeral que hizo historia

Deoclecio García "se recibió de gobernador", como se decía, el 22 de febrero de 1892. Designó interventor de la efervescente Municipalidad de Mendoza a Daniel Videla Correas y, tras las renunciaciones de los nombrados inicialmente, puso a Jacinto Alvarez y a Exequiel Tabanera como ministros de Hacienda y Gobierno respectivamente. Para integrar el Consejo de Gobierno se apoyó en las figuras del surgiente Videla Correas, el intransigente Francisco Civit y el conciliador Joaquín Villanueva.

Si bien esta mixtura de experiencia y novedad serviría para calmar los ánimos, la marea aún estaba revuelta, sobre todo en la renovada Legislatura, donde apenas asumieron los legisladores, se intentó una maniobra contra el resurgiente civitismo. El 19 de abril se

designó senador nacional a José Vicente Zapata para remplazar al ex gobernador Oseas Guiñazú, a quien se pretendía impugnar aduciendo que había ganado su escaño con votos de diputados vinculados familiarmente. La moción fue rechazada.

La gestión de Deoclecio fue breve, no porque no le gustara gobernar o lo haya volteado una nueva revolución, sino porque la muerte no le dio tiempo: pasó a mejor vida el 5 de agosto de ese año tras una rápida enfermedad. "Gozaba de prestigio popular, tenía gran arraigo dentro del elemento humilde y la clase trabajadora en general por su carácter abierto, bondadoso y servicial. Su casa era una verdadera romería que acudía a su caudillo en procura de consejos o de ayuda", sostiene el historia-

Entrega

17